

## **LA INMACULADA CONCEPCIÓN, PATRONA DE LA INFANTERÍA ESPAÑOLA**

---

RAMÓN SERRANO RIOJA

---

Mi amigo y Académico de ésta de Córdoba, Doctor Fernández Dueñas, me propuso que interviniera en esta velada con motivo del 150 aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción; dudé en aceptar por la responsabilidad que suponía pero acepté por tratarse de la Inmaculada; yo infante, no podía negarme y le dije que hablaría sobre la Inmaculada, Patrona de la Infantería Española.

Esa aceptación despertó en mí dos sentimientos, uno de responsabilidad, como ya he dicho, y preocupación por no estar a la altura de los magníficos oradores que han intervenido en esta docta casa y otra de agradecimiento por permitirme codearme con ellos.

Como ya he dicho antes mi tema va a tratar sobre la Inmaculada y la Infantería y quiero empezar con unos versos de Gonzalo de Berceo:

La gloriosa me guíe, que lo pueda cumplir  
Madre llena de Gracia, Reina poderosa  
guíame Tú en esto, Tú que eres piadosa  
por España quisiera, enseguida empezar.

Dios te salve, Reina y Madre, cuando teólogos te han dedicado la hiperdulía de sus más lúcidos pensamientos, los poetas te han cantado con sus más escogidos versos y los artistas te han consagrado sus más selectas obras, cuando un Dios se recrea en tan graciosa belleza ¿qué puedo hacer yo, viejo soldado-infante, sino demostrarte mi amor de hijo, invocándote como Patrona excelsa de nuestra Infantería?.

Aunque oficialmente la Inmaculada Concepción es Patrona del Arma de Infantería desde el 12 de Noviembre de 1892, en realidad es tenida como tal desde mucho tiempo atrás, hay que remontarse trescientos años antes de esa fecha y recordar los hechos históricos que dieron lugar al origen de ese patronazgo.

Esos hechos han llegado hasta nosotros a través de un testigo presencial, Alonso Vázquez, un escritor toledano, soldado de los Tercios de Flandes y que nos dejó su obra: "Los sucesos de Flandes y Francia en tiempo de Alejandro Farnesio".

Corría el año 1585, Alejandro Farnesio había completado su obra maestra, su mayor hazaña militar, con la rendición, en agosto de ese año, de la plaza de Amberes, después de un durísimo asedio a que estuvo sometida por las tropas españolas y que llevaron su fama al punto más alto de toda su brillante carrera militar.

La conquista de Amberes costó a España enormes sacrificios en hombres y dinero, teniendo los españoles alrededor de 4.000 bajas, que fue necesario cubrir enviando a

Flandes el Tercio de Bobadilla. Este Tercio tuvo como origen el Regimiento de Infantería Zamora nº 8, creado el 30 de abril de 1580, con algunos miles de reclutas procedentes de las provincias castellanas y muy particularmente de Zamora. Se organizó como Tercio de Bobadilla, con el nombre del primer mariscal de campo que lo mandó, D. Francisco Arias de Bobadilla, Conde de Puñón Rostro; después toma el nombre de "Tercio Departamental de Holanda".

Comienza el mes de diciembre de ese año, 1585, con sombrías perspectivas para ese Tercio, ya que, acampado en la isla de Bommel, es asediado por los holandeses, apoyados por una importante escuadra. Escasean los víveres y las municiones, Bobadilla envía emisarios a Alejandro Farnesio y al Conde de Mansfed, su jefe inmediato, regresan los heraldos anunciando refuerzos, pero el día 6 se ven, en la lejanía, arder los buques que venían en su auxilio. Ello no hace decaer el espíritu de aquellos bravos soldados. Todos se ponen a bien con Dios, comenzando por dar ejemplo su jefe, Bobadilla, y todos sus capitanes y no hay soldado que deje de cumplir sus deberes religiosos en tan críticos momentos como era su costumbre realizar siempre que iban a entrar en combate.

Un soldado, cavando una trinchera, encuentra una tabla pintada con la imagen de la Virgen Inmaculada, tan lozana y con tan vivos colores como si acabara de salir de las manos del artista. Da voces, acuden sus camaradas que con él la reverencian, admirados del prodigio y la llevan en procesión hasta la iglesia del pueblo, Empel, colocándola en un trono bajo la bandera del Tercio y saludándola con una salve.

Resurgen las esperanzas, apoyadas por la fe y con la confianza en la Madre de Dios. Bobadilla dice, el 7 de diciembre, víspera de la festividad de la Inmaculada Concepción, que ya se celebraba en aquellos tiempos: "El hambre y el frío nos llevan a la derrota, pero la Virgen Santísima ha venido en nuestra ayuda, ¿queréis que se quemen las banderas, se inutilice la artillería y abordemos en la noche a los mayores galeones hasta ganarlos o perder la vida?".

Asintieron los capitanes y a la intimidación del Conde de Hardick, jefe de las tropas enemigas, que les pedía la rendición, al considerar su situación totalmente desesperada, se le contestó: "Los españoles prefieren la muerte a la deshonra".

¡Y llega el 8 de diciembre! Un intensísimo frío comienza a congelar las aguas, obligando a los holandeses a huir con sus barcos por miedo a que se quedaran apresados en el hielo, mientras exclamaban a grandes voces: "Parece que Dios es español, pues ha obrado tan gran milagro". Este hecho se conoce como el milagro de Empel.

En la madrugada de ese día 8, el Tercio de Bobadilla logra asaltar una serie de navíos enemigos, sorprende a los efectivos terrestres y captura cientos de prisioneros, artillería y municiones y transforma lo que hacía prever como una gran derrota en un triunfo total. Reciben los refuerzos que le envía el Conde de Mansfed y logran llegar a Bois-le-Duc, donde se atiende a la curación de heridos y enfermos que asciende a más de la mitad de los efectivos.

En acción de gracias por tan gran milagro, atribuido a la intervención celestial de María, llevan su imagen a Bois-le-Duc, celebrando una gran procesión y proclamando a la Virgen Inmaculada como Patrona de los Tercios de Flandes y fundan la "Cofradía de los Soldados de la Virgen concebida sin Mancha".

A partir de estos hechos la devoción a la Inmaculada fue extendiéndose por las Unidades de la Infantería Española, siendo muchas las que se acogieron bajo su protección y patronazgo.

Y fueron pasando los tiempos, ya lo de Flandes quedaba lejos y se había ido robusteciendo la devoción de nuestros infantes por la Virgen Inmaculada, pero cada regi-

miento o batallón de Infantería, independientemente, tenía puesto su fervor en un santo o una virgen.

El 14 de marzo de 1868, el Director General de Infantería se dirige al Vicario General de los Ejércitos, solicitándole que asigne, de forma estable, santos patronos a los Cuerpos del Arma, muchos de los cuales carecían de él desde su creación. Una vez instruido el oportuno expediente quedan confirmados o nombrados los patronos de 41 regimientos de línea y 20 batallones de cazadores.

De ellos, 34 regimientos y 3 batallones tenían como patrona a la Virgen bajo alguna de sus advocaciones de los que 7 era la Inmaculada Concepción, el resto se ponía bajo la protección de 9 santas y 18 santos. La mayor parte se habían amparado en la tradición como motivo para proponer uno u otro patrón.

En algunas ocasiones, se debía a haber coincidido la fecha de una batalla con la celebración de la fiesta de un santo, que por ello había sido elegido como patrón. En muchos casos el patrón era el de la ciudad de la que había tomado el nombre el regimiento. Una vez nombrados los patronos el Director General del Arma remite a los Cuerpos una circular en la que recomienda que se procure dar la mayor importancia y solemnidad posibles a la festividad de los santos patronos.

El año 1887 el teniente coronel D. Enrique Orozco, junto con un grupo de otros tenientes coroneles, lanza la idea de elegir por patrona de toda la Infantería a la Purísima Concepción, con el propósito de crear un vínculo común y estrechar los lazos entre los individuos de una colectividad tan numerosa como la Infantería.

Pasaron varios años entre la propuesta del teniente coronel Orozco y la proclamación de la Inmaculada como Patrona de la Infantería. Era preciso convencer a autoridades superiores y quizá Orozco desde su puesto de diputado continuase buscando apoyos, hasta que el 27 de julio de 1892, el General Primo de Rivera, Inspector General de Infantería, dirigía al Ministro de la Guerra, General Azcárraga, el siguiente escrito:

“Interesa fomentar el sentimiento religioso de los Cuerpos en todas las formas posibles, y para ello es indispensable mantener la sana doctrina de que todos tengan una patrona a la cual consagren el privilegio de su devoción, pero siendo una la divina gracia, una debe ser también la advocación en que toda el Arma confunda su particular devoción porque de este modo establécese la unidad que debe existir en la familia militar precisamente en aquello en que no cabe diferencia de ideas ni variedad de criterios.

Nuestra Señora la Purísima e Inmaculada Concepción es Patrona de España, lo fue del antiguo Colegio General Militar, lo es de la Academia y del mayor número de Cuerpos, y en virtud de las razones apuntadas, me permito proponer a V.E. el que dicha advocación sea la elegida para el Arma de Infantería, con lo cual habrá de conseguirse estrechar más los vínculos morales de los distintos cuerpos del Arma.”

Una Real Orden de 12 de noviembre de 1892, aparecida en el D.O. n° 248 de fecha 13 del mismo mes, concedía a la Gloriosa Infantería Española la oficial proclamación del patronazgo de María Inmaculada. He aquí su texto íntegro:

“Infantería.- Patronos.- (Real Orden de 12 de Noviembre).

- Declara Patrona del Arma de Infantería a Nuestra Señora la Purísima e Inmaculada Concepción.-

4ª Sección.- Excmo. Sr.- Considerando conveniente para mantener vivo el sentimiento religioso en los diferentes cuerpos y dependencias del Arma de Infantería y estrechar los vínculos morales que unen a sus individuos, lo propuesto a este ministerio por el Inspector General de la misma, en su comunica-

ción de 27 de Julio último, y teniendo en cuenta que ha sido aprobada la elección por el Provicariato General Castrense, la Reina Regente del Reino, en nombre de su Augusto Hijo el Rey (q.D.g.), se ha servido declarar Patrona del Arma de Infantería a Nuestra Señora la Purísima e Inmaculada Concepción, que ya lo fue del antiguo Colegio Militar y lo es de la Academia General y de gran número de Regimientos.

De Real Orden lo digo a V.E. para los efectos consiguientes- Dios guarde a V.E. muchos años.- Madrid 12 de Noviembre de 1892.- Azcárraga.

Esta Real Orden refrendaba el hecho de que, hace ahora 412 años, los soldados de los Tercios Españoles pecadores, exentos del gran pecado del desagradecimiento, la aclamaran por patrona, patrona antes y después que Clemente XIII y Carlos III pusiesen a España y a las Indias bajo su manto, patrona antes y después que en 1854 Pío IX proclamase en Roma como dogma lo que aquí se creía hace siglos, patrona antes y después de que la Reina Regente firma su Real Orden, patrona en el corazón de los soldados desde antes de sentar plaza, a lo largo de su servicio militar y hasta después de que justificaran su última revista de comisario en este valle de lágrimas.

La Purísima no es un concepto fácil y por eso les ruego que me sigan en algo que no es una homilía, sino las palabras de un viejo infante que va a hablar de la Dulce Señora de nuestra Infantería.

Purísima e Inmaculada Concepción significa nuestra firme creencia en que hace poco más de dos mil años un matrimonio de santos engendró un ser humano que, por gracia de Dios, estaba libre de la tara hereditaria de nuestra especie. Una niña que desde el mismo instante de su concepción estaba limpia de esa malformación espiritual que al resto de los hombres nos empuja al mal y nos lleva a la muerte.

Hoy, que sabemos que hay niños drogodependientes desde el momento de su concepción, o con síndrome de inmunodeficiencia, quizá nos sea menos difícil aceptar este misterio del pecado original, de la tara heredada sin culpa personal.

Aquel ser concebido sin mancha de pecado original fue la joven en la que pudo encarnarse y nacer Jesús, el Hijo de Dios. Creer esto, sostener este misterio, no es fácil ni evidente. Es un misterio que forma parte, desde siempre, del depósito de creencias de la cristiandad, pero que sólo hace 150 años que fue definido como dogma.

Y para sostener, contra viento y marea, esta verdad, parece como si la Providencia hubiera elegido a España, como si el haz de pueblos que vino a parar a esta península hubiese estado especialmente preparado para ello.

No sé si han observado que en el sustrato más antiguo de nuestra nacionalidad, en nuestros orígenes remotos, los restos de cultura material de nuestro pasado son sorprendentemente dignos, algo muy raro, por no decir único, entre los pueblos del mundo.

En nuestra arqueología no hay relieves lúbricos, como en Angkok, ni Venus ligerillas de ropas, ni orgías de ultratumba como en los sepulcros etruscos de Tarqunia. Ni valquirias germánicas, ni horribles brujas irlandesas, ni despechugadas diosas helénicas o romanas. Ni siquiera una torpe Venus panzuda y amarillenta como la de Willendorf, en el Museo de Viena.

Los testigos materiales de nuestro pasado son las Damas de Elche o de Baza, la estatua orante del Cerro de los Santos, imágenes femeninas que podían tomarse por imágenes de la Virgen de cualquier rincón de España.

Y sobre este sustrato, la Virgen quiso venir en vida a plantar el Pilar, que es una columna de piedra, como si fuera el hito inicial del ser colectivo de las Españas, la

piedra fundamental de una nacionalidad especialísima.

La Virgen vino y siguió viniendo a lo largo del tiempo, no hay un rincón de España sin una ermita con las paredes cubiertas de exvotos agradecidos, testimonio de que allí la Virgen quiso dejarnos un sitio donde rezar y pedir y un recordatorio de que aunque la olvidemos, Ella no nos olvida.

Naturalmente que no es un fenómeno exclusivamente hispano este de los Santuarios nacidos al calor de una venida de la Virgen, ha habido muchos en el mundo, baste citar Lourdes o Fátima entre los más cercanos. Pero es que en España su número es inimaginablemente grande, nadie sabe cuantos hay, se habla de veintitantos mil, es la vinculación antigua y múltiple de la Virgen y España.

La historia de España es una historia singular, repleta de hechos únicos. Por ejemplo, sostuvimos la guerra más larga que pueblo alguno haya sostenido, para preservar su identidad, que era, ni más ni menos, que el derecho a seguir siendo cristianos en nuestra propia tierra.

En la Crónica mozárabe del 754, escrita a los 50 años escasos después de la invasión, se leen las palabras que Don Pelayo dice al Obispo Don Opas: "Pelea para que España sea salvada y se restaure el Ejército".

Es el mismo propósito tenaz que podemos leer en el Rey Sabio, cinco siglos después, o en las cartas de la Reina Isabel la Católica, que la termina casi 8 siglos más tarde.

En la batalla de las Navas de Tolosa, que es la batalla crucial de la Reconquista, la que rechaza y destruye la invasión almohade, la que abrió las puertas del valle del Guadalquivir y permitió recuperar Andalucía, en la Crónica del Arzobispo Jiménez de Rada, que no sólo fue testigo presencial, sino, como diríamos ahora, Jefe de Estado Mayor de las fuerzas de todos los Reinos de España, donde se aunaron castellanos, aragoneses, navarros, vizcaínos, portugueses y españoles ultramontanos, plebeyos y caballeros, nobles y villanos, cuando estaban rodeados de cientos de miles de combatientes almohades, irrumpieron con la cruz por delante y, dice textualmente: "con las enseñas de los tres Reyes de Castilla, Aragón y Navarra venía la imagen de Santa María Madre de Dios, la que de la provincia de Toledo y de toda España fue siempre vencedora y patrona."

Y el resultado ya lo saben: una victoria tan estrepitosa y con tan pocas bajas propias que ningún historiador había querido creerla.

Por estos años, el primer poeta de nombre conocido en nuestra lengua, el riojano Gonzalo de Berceo, escribe el primer libro un español, en la lengua común en la que nos entendemos más de trescientos millones de hombres, son los "Milagros de Nuestra Señora" que apenas dice:

"Nunca hubo mácula en su virginidad  
post partum et in partum fue virgen de verdad  
ilesa e incorrupta toda su dignidad".

Nuestra Historia es una historia de fidelidad mutua entre los españoles y la Virgen. Fidelidad es la hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, que escaló las murallas de Granada para clavar, con su daga, una Avemaría en la mezquita principal.

O la de Hernán Cortés, que edificó un imperio y cuando entra en la ciudad de México y ve el teocaltl ensangrentado por decenas de miles de sacrificios humanos, derriba el ídolo, lo sustituye con la imagen pequeñita y morena de la Virgen de Guadalupe.

Por eso no es extraño que, años después, el Tercio aislado por las aguas en las

colinas de Empel y cercado por la flota holandesa entendiera que era a la Inmaculada a quien debía su liberación. Pero para aquello fue el recordatorio de que la Virgen no es un concepto abstracto, una intangible nube transparente, una cosa real pero lejana como la estrella Alfa de Centauro, una realidad que existe, ciertamente, pero que no afecta en nada a nuestras vidas.

Los soldados de Bobadilla recordaron de golpe que un ser vivo, el único ser humano absolutamente limpio, era su Madre y velaba por ellos. Porque la Inmaculada cuida de los suyos y porque, en última instancia, nuestro destino no está en mano de los hombres, sino de Dios Todopoderoso y Ella es la Madre del Todopoderoso.

La devoción a la Inmaculada, que ya existía de antiguo, se propagó por todas las Españas. Era algo que venía desde muy antiguo, ya por el siglo XII, setecientos años antes de que se definiera el dogma de la Inmaculada, ya había pueblos en España que hacían voto de defender con su sangre el misterio de la Inmaculada.

El Rey Felipe IV la declaró Reina de España, Carlos III puso bajo su protección la orden que lleva su nombre, la Cruz de Carlos III lleva una Inmaculada. Y al otro lado del mar, cuando los cabildos de los virreinos se alzaron contra el desgobierno de la francesada lo hicieron con las banderas blanquiazules de las Repúblicas del Plata, banderas blanquiazules de Centroamérica, o como el cura Hidalgo que puso a la Inmaculada en su bandera.

No es pura historia ni pasado caduco, la Purísima es algo consustancial a todas las Españas y sus Ejércitos, y muy especialmente a la Infantería que la tiene como patrona.

Y aprovecho para hablar un poco de la Infantería. La vida cotidiana de la Infantería no es heroica, solamente cansada, a veces aburrida y casi nunca triste. Lo normal es la fatiga, el frío, la mojadura, el sudor, dormir en la nieve o salir del fragor del avión al oscuro silencio del salto nocturno, trepar interminablemente para volver a bajar, hasta que te tiemblen las rodillas, tirarse al suelo sin resuello para volver a saltar cada veinte metros, acarrear una mochila inmensa y una ametralladora, una radio o el tubo o la placa de un mortero.

Lo ordinario son las guardias, esperando que no pase nada, que es lo mejor que puede pasar. La sed, el hambre, quedarse aterido o abrasarse, o ambas cosas a diferentes horas y todo ello procurando sonreír y cantar. Infantería es tratar de hacer bien lo que hay que hacer, es esforzarse sin pedir nada a cambio, porque la Infantería es humilde hasta para pedir. Como aquel capitán que desde Filipinas pedía, razonadamente, una compañía de Infantería para conquistar China, y no se la dieron porque no la había, si no quién sabe cuál sería ahora la mayor nación de habla española.

Infantería machacada y estrujada como uvas que hacen un vino alegre y sube a la garganta en palabras sencillas: "esto no es nada", "eso está hecho", "no importa" o "todavía aguantando".

La Infantería es, mayormente, andar, dormir en el suelo y compartirlo todo. Es haber entendido que se vive para los demás y que la vida es una larga marcha hasta llegar al salto decisivo de la muerte a la vida y verlo bien y no darse importancia y no tomarlo a la tremenda.

Y es que, hasta cierto punto, sólo hasta cierto punto, porque somos de barro y Ella, Inmaculada, la Infantería es como su patrona, está afirmación hay que aclararla.

Probablemente la que dijo: "Hágase en mí según tu palabra", se mire en los que aceptan, obedecen y aguantan. La que arrancó a su Hijo, en un milagro antes de tiempo, seiscientos cuarenta litros de buen vino, es que le gusta que se beba y se ría. La Hija predilecta del que a sí mismo se llama en la Biblia, algo así como setecientas veces, el Dios de los Ejércitos, no puede ser indiferente a los soldados. La Madre de aquel Hijo

andariego que dormía en el suelo y lo compartió todo, hasta su Cuerpo, puede entender muy bien la vida del infante.

Porque se ha de advertir que aunque es Madre de todos, que eso no se discute, hay indicios que apuntan a Inmaculada tiene predilecciones.

El encuentro de Empel, no digo casual porque no es fácil entender desde aquí abajo cómo hacen las cosas allí arriba, aquel encuentro, digo, en una situación de vida o muerte en que la Infantería veía sólo la muerte, que es una visión que aclara mucho el orden de valores y el verdadero sentido de las cosas, aquel encuentro fue definitivo porque los infantes recordaron el hecho de que la Virgen no abandona a los suyos.

Y desde entonces hay una historia de amor mutuo, una historia de amor que hace ciento doce años tuvo el refrendo de una Reina que la nombró Patrona. Una historia de amor que es fácil de contar: Ella que mira siempre por nosotros, nosotros que la llevamos en la mochila de nuestro corazón. Y éstas son las razones para conmemorar este aniversario: soplar las brasas para que salte la llama, reforzarnos por dentro, acorazarnos contra el desaliento para resistir la erosión del entorno, para que no se diluyan nuestras características, este estilo nuestro hecho de sencillez, fidelidad, aguante y espíritu de servicio. Un modo de ser y de vivir en el que casi nada está de moda, pero no importa porque las modas van y vienen y la Infantería no pasa nunca. Para volvernos a nuestra Patrona, no sólo con la euforia de una fiesta que se celebra una vez al año, sino con la certeza jubilosa de que existe un ser vivo, materno y amoroso, infinitamente poderoso en su capacidad de súplica, que es la Patrona Inmaculada de la Infantería Española.

Y voy a terminar con unas estrofas de una oda que Luis López Anglada dedicó al hallazgo de una imagen de la Inmaculada Concepción por un soldado de los Tercios de España:

Esta es toda la historia  
de un milagro en Holanda, en un instante  
en que el Señor manifestó su gloria  
por medio de un infante  
que a los pies de la Virgen se rendía.

Esta es la gloria de la Infantería  
que tuvo por testigos  
el hielo, el mar, el alba que nacía  
y el terror de los crueles enemigos.

Así fue proclamada,  
la Inmaculada Concepción, Patrona  
de una gente hacia Dios alucinada  
que sólo con el triunfo se corona.

¡Virgen Inmaculada!  
¡Concepción de María!  
¡Solamente a tus pies arrodillada  
rinde su corazón la Infantería!